

Recordando a Joaquín V. González

Amaranto Abeledo

LA UNIVERSIDAD NACIONAL INFUNDE A
LA PLATA UN ALIENTO RENOVADOR

EL Dr. González declaró en su memoria al gobierno de la Provincia de Buenos Aires (febrero de 1905), que la ciudad en su desarrollo de veinticuatro años no había "llegado a formarse una vida enteramente propia ni a asumir en toda su intensidad la dirección de los destinos de la vasta colectividad sujeta a su hegemonía". Y agregó: "Le falta sin duda definir con más singularidad su carácter e importancia social y política, y esto vendrá por sí mismo cuando sea foco de atracción e irradiación de una gran corriente de cultura, que no sólo satisfaga todos los anhelos y necesidades de la Provincia sino los que ya he mencionado en el orden más dilatado de la vida nacional".

El establecimiento de la universidad determina la transmutación prevista por González: importantes construcciones agréganse a las monumentales que acompañaron la fundación de la ciudad; estudiantes procedentes del interior del

país acuden a La Plata en número considerable —antes lo habrían hecho a Buenos Aires o Córdoba—, atraídos por las claras excelencias que la flamante universidad exhibe influida de un espíritu nuevo, y se incorporan de lleno a la vida de la ciudad, que les acoge con simpatía y se complace en sus particularidades provincianas; la satisfacción de las necesidades generadas por el funcionamiento de los numerosos institutos universitarios y el sostén de una importante población estudiantil, inciden favorablemente en algún grado sobre la economía de la ciudad; figuras relevantes de nuestra intelectualidad rigen los organismos universitarios o regentean sus cátedras y, en el aula magna y otras tribunas de la universidad, disertan sabios extranjeros de la talla de Altamira, Posada, Nerts, Cárpena, Vallée, Rowe, Ferri, Ferrero y Alvarez (Alejandro).

Así, la capital de la provincia, tonificada en su vida general por nuevos estímulos y robustecida notablemente su personalidad espiritual, se transforma en breve tiempo de ciudad esencialmente

político-administrativa como lo fue hasta 1905, en ciudad universitaria, que atrae sobre sí la atención del país y de afamados centros mundiales de cultura. Llega a ser en verdad, la expresión del nuevo pensamiento argentino que le atribuyó Sarmiento veinte años atrás, al ponderar el empuje con que surgió a la vida y sus modernas peculiaridades edilicias desconocidas a la sazón en el resto del país.

NOMBRAMIENTOS DE PROFESORES PARA
EL COLEGIO NACIONAL DE LA PLATA

El colegio acaba de ocupar su nuevo edificio (año 1910) y debe procederse a llenar algunas cátedras vacantes. El rector González Litardo se dispone a presentar al presidente González las propuestas del caso. Conviénese entre ambos que, cierto domingo por la mañana, concurrirá el primero al domicilio del segundo en Buenos Aires para considerar la materia.

Llegado el día fijado, allá va el rector y allí está el presidente con una pila de cartas y tarjetas a la mano. Puestos a la tarea, el rector hace la apología de sus candidatos a medida que va dando sus nombres. Se trata, bien de profesores ya probados en la cátedra, bien de egresados de la primera promoción de la Sección Pedagógica, hoy Facultad de Humanidades. Manifiesta el rector que la designación de los profesores propuestos contribuiría sin duda a fortalecer el concepto público del colegio en momentos que inicia éste una nueva y promisoriosa etapa de su vida cuanto a despertar el interés de los estudiantes por seguir la carrera del profesorado. Don Joaquín comparte en un todo las ideas del rector. ¿quién podría estar más interesado que él en asegurar la eficacia de la enseñanza impartida en el colegio preparatorio —con su internado anexo—, asignándole

como le asignaba una función primordial dentro del organismo universitario?

Posa un instante el doctor González su mirada pensativa sobre la pila de papeles que tiene ante sí. Allí están las inevitables recomendaciones que le han estado llegando a favor de aspirantes a ocupar las cátedras disponibles. Cada pedido satisfecho puede representar un apoyo político para la Universidad, cuyo presupuesto debe defender denodadamente en el Senado, y cada pedido desatendido un adversario en potencia para la misma... Extrae una tarjeta del montón —una sola— y se la pasa al rector para que la lea, a la vez que le dice —como excusándose de hacerlo: “Es un pedido muy especial... del general Roca...”. Trátase evidentemente de un pedido no común, por la calidad del recomendante y los vínculos estrechos que con él mantiene D. Joaquín. En cuanto al candidato mismo, tiene antecedentes dignos de señalar y para la cátedra a que aspira no hay profesores diplomados por la Universidad. Quieren las cosas que se logre encontrar una solución favorable para el caso, y que González Litardo pueda regresar ese día a La Plata con la satisfacción de haber sido aceptada íntegramente por el presidente su lista de propuestas.

Tal es el espíritu que privó en las designaciones de profesores del colegio, merced al cual pudo orientar éste su enseñanza de acuerdo con las mejores normas pedagógicas y conquistar un prestigio único en el país.

DON JOAQUÍN “EL ABUELO DE ULPI”

De un “estudio razonado y científico” que ha realizado de nuestra historia dedujo el doctor González la ley de que los graves males experimentados por el país en el pasado fueron el resultado de defectos del carácter nacional— así, el

EVOCACIÓN

personalismo, la indisciplina, el espíritu de discordia y de odio y la ambición enfermiza de predominio y de mando—, defectos que aún hoy conspiran contra su bienestar no obstante haber desaparecido las causas que los engendraron.

Tal convicción hace que González, al exponer en 1905 desde distintos tribunales los lineamientos de la proyectada universidad le asigne a ésta, aparte de su función específicamente científica, otra que estima de considerable significación social educativa: la de ser foco de generosos y fraternales sentimientos destinados a reflejarse luego en la vida de la Nación.

La organización planeada para la Universidad favorece el cultivo de tales sentimientos en cuanto tiende a promover entre los educandos y, entre éstos y sus maestros, un estrecho contacto por medios tales como el trabajo de laboratorio impuesto por la enseñanza experimental —principio esencial adoptado por la nueva institución—, la limitación del número de alumnos por curso, la obligatoriedad de la asistencia a clase y la práctica deportiva. Por otra parte, la misma ciudad tranquila y recogida sería un factor coadyuvante a la vinculación perseguida, como lo sería también en algún grado la proximidad en que se hallaban unos de otros los diversos institutos, y cierta unidad que conferiría a la enseñanza la correlación establecida entre las grandes etapas de la misma.

En la creación del internado preparatorio pone González sin embargo sus mejores esperanzas como instrumento promotor de la vinculación estudiantil.

Disconforme con los colegios burocráticos del sistema corriente, donde maestros y alumnos “concurren a desempeñar el deber de enseñar y aprender en dosis reglamentarias” y los alumnos pasan por las clases con un “leve recuerdo” de la

“persona” y de la “ciencia” del educador; persuadido de que la enseñanza actual, a la que califica con los más duros epítetos, no puede sino “disgregar y disociar los espíritus y enfriar los corazones y restaurar con más saña si cabe el reinado de los viejos odios”, sostiene una y otra vez con abundantes razonamientos, que la vida en común de internado es la más adecuada para fomentar la amistad, la simpatía, la confianza entre el que aprende y el que enseña. Conforme con su pensamiento, en la convivencia estudiantil, bajo la asistencia del maestro, los educandos, al enfrentar los mismos deberes, participar en idénticos episodios escolares y comunicarse recíprocamente sus anhelos aprenden a vivir, a trabajar y a soñar juntos. Y, de tal modo, surge entre ellos la comprensión y se generan sentimientos de solidaridad, de ayuda mutua y de tolerancia recíproca, destinados a traducirse más tarde en los ámbitos dilatados de la sociedad en acciones fructíferas”. “Habréis —dice— simplificado la más complicada cuestión política de los tiempos, con poner estas solas piedras en la base de toda escuela: afecto, amistad, confianza recíproca para que los hombres se entreguen, se den, se ofrenden unos a otros, suprimiendo entre ellos las distancias, los celos, las ignorancias mutuas”.

González fundamenta su tesis en ejemplos foráneos y vernáculos. “Las famosas residencias estudiantiles inglesas y norteamericanas —apunta—, han sido fragua de caracteres y virtudes inquebrantables, cuna de generaciones invencibles en el trabajo y en la ciencia y focos de saber y virtudes que se convierten en patrimonio común del género humano”. Y, entre nosotros, los internados de Monseñor, de San Carlos y Concepción del Uruguay dieron al país en horas culminantes de su historia hombres típicos que lucharon ya por su libertad ya por el

afianzamiento de sus instituciones. No aprueba desde luego el régimen "hospitalario" y "monacal" que caracterizaba a los dos primeros internados mencionados. Al ponderarlos, lo hace teniendo en cuenta el conocimiento de la cultura clásica que difundieron y, especialmente, la vida "colegiada" en común, de hogar, que en ellos se realizaba y que "vivificaba todo el conjunto".

El internado platense es "social" y "libre" y, adopta el sistema tutorial, que hace del instituto un hogar en el cual el tutor es como el padre. La vida en ULPI —sigla ésta formada con las iniciales de los vocablos Universidad —La Plata —Internado— no es sino un trasunto de la que se vive en el seno de una familia feliz. Dentro de ciertas normas que todos respetan naturalmente, los alumnos actúan sin restricciones superfluas en una atmósfera de simpatía y libertad, que desenvuelve su personalidad y les permite ejercitar su espíritu de iniciativa¹. Del internado están ausentes las frías reglamentaciones, las sanciones degradantes, la delación y el espionaje. La palabra persuasiva, la advertencia oportuna, a veces un mero gesto, bastan para condicionar la conducta. Ha dicho Arturo Capdevila: "Maestros y alumnos sentían la trascendencia de su particular destino y todos vivían horas de resplandeciente belleza moral en aquel paradójico internado de puertas abiertas".

Don Joaquín sigue de cerca la vida del internado, del cual complácese en llamarse "el abuelo". Lo visita con frecuencia y los *ulpianos* lo rodean cariñosamente atraídos por el magnetismo de su personalidad, cautivados por sus maneras sencillas. En el ágape anual con el que

ULPI acostumbra clausurar sus actividades escolares D. Joaquín es el orador obligado. Ansiase escucharlo y su palabra es recibida con recogimiento. Gusta el maestro poner a los alumnos en contacto con el pensamiento de los altos espíritus en que él mismo nutre su lámpara. Para ellos vierte al español el "If" de Kipling, y con ellos comenta las enseñanzas de Tagore. No hay *ulpiano* que no aprenda de memoria sentencias del dulce poeta indio, como ésto que González repite una y otra vez: "No nos comprendemos porque no nos amamos y no nos amamos porque no nos comprendemos". En cierta circunstancia hallándose reunida la Cámara de Diputados —el internado se había constituido en República, a través de cuyos órganos correspondientes se practicaban en pequeño las instituciones democráticas y se regía su vida escolar—, sábase que ha llegado a la casa el senador Dr. González. Invítase sin más a éste a ocupar un asiento en el recinto. Toma entonces D. Joaquín la palabra y explica porqué un senador de la Nación debe sentirse dichoso de ser recibido en el seno de una asamblea estudiantil. Un día trae González a conocimiento de la familia *ulpiana* la "buena nueva" de que en el viejo quichua ULPI significa "paloma". Esto —díceles— liga nuestro lema con los más elevados simbolismos de la historia: el Espíritu Santo descendiendo a unguir de divinidad la cabeza recién bautizada del Cristo; la paloma mensajera del Padre de los caballeros del Santo Grial, que Wagner ha transmitido en las armonías religiosas de Parsifal y Lohengrin. A partir de ese momento la paloma tiene títulos bastantes para constituir un elemento decorativo indispensable.

¹ Hemos procurado hacer una reconstrucción de la vida del internado en *Ulpí y el pensamiento social educativo de Joaquín V. González* (1957) y en *Ernesto Nelson (Recuerdos de una larga amistad)*, 1961.

EVOCACIÓN

ble en las publicaciones ulpianas. A González se le representa en ellas con una paloma posada sobre el hombro. A menudo se presenta acompañado de personalidades del país o del extranjero. Algunas de éstas —Adolfo Posada, Leo S. Rowe— llegan a ser huéspedes del internado, lo que les permitirá identificarse plenamente con su espíritu. Posada escribió sobre él una hermosa página y Rowe lo tuvo presente en innumerables circunstancias y lo hizo conocer al presidente Woodrow Wilson.

Reiteradamente manifestó González su agrado por la forma en que el internado había respondido a sus anhelos. “El internado abierto —expresó— a base de libertad y de propia y recíproca ponderación en los alumnos y bajo la regla de la cultura y el honor, será con justicia llamado una conquista argentina en el vasto estadio de las luchas universales por el mejoramiento de la educación”. Y también: “ULPI es la experiencia más feliz realizada en la Argentina de una fundación social educativa aun dentro de nuestros regímenes oficiales”. Confía asimismo en que los “jóvenes caballeros formados en el internado llegarán a ser cruzados de la “santa democracia del amor y de la ciencia”. A poco de abandonar la presidencia de la Universidad declara que *“si en alguna rama de ésta han sido excedidos los cálculos y las previsiones de la fundación, ha sido en el internado”*.

Ciertamente, la experiencia “ulpiana” fue por todo concepto fecunda. En primer término reveló que el internado abierto puede florecer en nuestro país y ser un instrumento valioso de formación moral susceptible de anular fallas del carácter nacional tenidas a menudo como invencibles.

Por otra parte, como fruto concreto de la obra del internado, cumple señalar que bajo su influjo formóse una falange

de hombres que han servido y sirven a la Nación en diversos campos y en proporción muy superior a la que podría exigirse de un instituto cuya vida no excedió de un decenio. Unidos ellos por lazos amistosos que se manifiestan por sobre toda suerte de diferencias ideológicas, se han mantenido fieles a ULPI al punto que después de cuarenta y tres años como van corridos de su clausura, acaban de constituir la Institución Joaquín V. González —presidida por el Ing. Carlos J. Forn—, para restablecerlo bajo su patrocinio en la provincia de La Rioja. Cumplirase así el vaticinio de D. Joaquín, asentado en carta escrita a Ismael Erriest el 28 de agosto de 1921 con motivo de un acto de afirmación ulpiana que iba a realizarse: “Creo que si siguen con fe en esa corriente de unión y solidaridad, han de resucitar por amor lo que la barbarie y el odio han pretendido matar”.

ABSURDA ESPECIE

Primeros tiempos de la Universidad. De aquí y de allí suelen surgir apreciaciones adversas para la misma. ¿Desacuerdo con este o aquel aspecto de la orientación que se le ha impreso? ¿Resentimiento por alguna ambición no satisfecha? ¿Mera incompreensión?

Ello es que echóse a volar la especie de que la Facultad de Derecho se había visto forzada a ofrecer becas con miras a aumentar su exigua inscripción de alumnos. Un importante órgano de publicidad recoge el rumor en sus columnas y teje a su respecto juicios del todo improcedentes.

Sin demora, e invocando nuestra condición de alumnos de la precitada Facultad escribimos para el diario EL DÍA, de La Plata, un suelto intitulado “¡La buena fe periodística!” en el que desmen-

timos con alguna exaltación juvenil el absurdo cargo. Absurdo por todo extremo, ya que era bien sabido que las autoridades de la Facultad veíanse constreñidas a encarar la supresión de cursos por carencia no precisamente de alumnos sino de recursos para sostenerlos. Aparte que se propendía a la formación de cursos reducidos en orden a asegurar la eficacia de la enseñanza.

De inmediato el Dr. González, de su propia mano, escribe al alumno autor del suelto rectificativo agradeciéndole “la defensa hecha en el diario”. Así era él de sensible a las manifestaciones del espíritu estudiantil.

LA ÚLTIMA VISITA A DON JOAQUÍN

Solimos visitar al Dr. González en los últimos años de su vida los domingos por la tarde en su domicilio de la calle 11 de Setiembre, frente a las barrancas de Belgrano.

Viven nítidamente en nuestro recuerdo aquellas visitas que nos permitían acercarnos a la intimidad de D. Joaquín y escuchar su palabra siempre henchida de sabiduría.

Los problemas de la posguerra; sus artículos de “La Nación” —no pocos recordarán aún aquellos enjundiosos que publicara por ese entonces sobre *Las iglesias y la paz social*— y la actuación de algunas prominentes figuras británicas de la hora, dábanle materia para ilustrativos explayamientos. En alguna ocasión, al surgir incidentalmente el tema del odio en nuestra historia— tema en el que había calado tan hondo—, oímosle manifestar su propósito de llevarlo al libro corro-

borándolo con nuevas observaciones que tenía registradas a su respecto.

Mas, vengamos a la postrer visita que le hiciéramos. Don Joaquín guarda cama, dispuesta ésta en un rincón de su biblioteca. Su rostro un tanto demacrado y amarillento empieza a revelar la seriedad del mal que le aqueja. Muchas veces volvemos con la imaginación a aquel ambiente y a aquella tarde, impelidos por el relato de Ricardo Rojas, que visitó al maestro algún tiempo después, y de cuyos labios oyó estas “enormes” palabras: “Es triste morir entre cuatro paredes. Querría irme a Chilecito, para tirarme bajo un árbol, a morir en la montaña. El alma ha de volar mejor a su luz bajo el cielo...”.

En nuestra presencia devuelve el Dr. González a un amigo el manuscrito de una obra para la cual le había solicitado éste un prólogo, manifestándole su pesar por no hallarse en condiciones de satisfacer su deseo.

Luego, ponemos en sus manos, respondiendo a un requerimiento que nos hiciera la profesora de literatura del Liceo de Señoritas, Helena Rossi, un número de “Nuestra Revista” con comentarios de *Mis Montañas*, escritos por alumnas de la mencionada profesora. Examina D. Joaquín atentamente la publicación, y nos pide agradezcamos a aquellas alumnas el trabajo que realizaron sobre una de sus obras más queridas. Y, en seguida, acompañando sus palabras de una sonrisa melancólica: “No le extrañe el placer que me proporciona este trabajo estudiantil. Acaso Heine tenía razón cuando afirmaba que el hombre es el más vanidoso de los animales y el escritor el más vanidoso de los hombres...”.